

nadie puede tener en poco, pues que tiende á corromper lo mas preciado que hay sobre la tierra, esto es, la verdad y el buen sentido.

La gente profana, en su mayor parte apenas estudia hoy la religion mas que en obras de aquella índole, leídas con tanta mayor avidez, cuanto mayor es el mérito literario que muchas veces las distingue: lanzanse tras unos otros escritores, que sin mayor ciencia, aunque con igual rectitud de intenciones, se forman, ó mejor dicho, se echan á perder en la escuela de sus antecesores, continuando la série de errores é inexactitudes que han aprendido de ellos. La juventud misma del Clero no tiene siempre aquella suma de luces y de doctrina ni la solidez de espíritu necesarias para conocer y evitar ciertos errores sutiles, que son como veneno infiltrado en la verdad.

De aqui proviene ese desenfreno de ideas, esas desacordadas extravagancias y asombrosas exageraciones, esa confusa amalgama de error y de verdad, esa intemperancia de pensamientos y de lenguaje, esa vaguedad é incertidumbre, esa ignorancia, en fin, que poco á poco se apoderan de los ánimos, diseminadas mas y mas cada dia en libros y periódicos, y las cuales, á decir verdad, viciarían á veces hasta el mismo púlpito, sino fuese por la severa y constante vigilancia de los Obispos. Mal tanto mas grave y contagioso, cuanto que son tres las causas que concurren á propagarlo, formando en pro de los escritores á que me refiero, reputaciones facticias en el órden científico y literario, que extravían á otros talentos, y abren, por decirlo así, á la multitud que se lanza en pos de aquellos escritores, ciertas como corrientes de estimacion, en que los ilusos se dejan arrastrar para verse pronto envueltos en un torrente de errores. Estas causas son: la librería, con el interesado charlatanismo de sus prospectos; los periódicos, con la retórica ordinariamente tan ignorante de sus extractos; y los partidos, con su espíritu siempre ciego de pandillaje. ¡Cuántos hombres hay levantados de esta manera en alas de la fama, y cuya voga, aun efímera, sería inconcebible si no se la pudiera explicar por una de estas tres causas, por todas tres juntas algunas veces, y especialmente por la tercera! Dia vendrá, y acaso no está muy lejos, en que se comprenda la necesidad de revisar y reducir en fin á su justo valor todas estas reputaciones usurpadas y seductoras, si es que no hemos de acabar de todo punto con la ciencia y el buen sentido. Entre tanto, lo que mas importa es impedir el daño que estas falsas reputaciones pueden causar, sirviendo al error de salvo conducto.

Tales son las consideraciones que me han hecho tener por útil y necesario poner de manifiesto los errores teológicos y filosóficos del Sr. DONOSO CORTÉS. Dios—la Trinidad—la caída del hombre—los efectos del pecado original—la revelacion—la razon—el libre albedrío—los sacri-

ficios—las relaciones del paganismo con la religion verdadera—la Encarnacion—la gracia—la propagacion del cristianismo—la Iglesia ect.... Todas estas graves cuestiones trata el Sr. DONOSO CORTÉS con una temeridad y un arrojo que no pueden compararse sino á la sinceridad de su buena fé. Sin advertirlo, sin que parezca siquiera sospecharlo, se desprenden de su pluma los errores con una facilidad asombrosa. Entre estos errores, á veces muy graves, los hay que indudablemente están en su espíritu: otros no están sino en la manera con que ha expresado su pensamiento. De vez en cuando, si el lector fija la atencion en las palpables y evidentes contradicciones que se le ofrecen, verá claramente que el autor, al decir mal una cosa, la pensaba bien en el fondo. Flojo en la ciencia teológica, es lo mas todavia en el lenguaje tan riguroso y delicado de esta ciencia. Pero de todos modos, justo es siempre decir que ya se extravió el pensamiento, ya sea unicamente la pluma del escritor, su corazon nunca flaquea, y su voluntad es y permanece constantemente católica. Quedará esto plenamente probado con los extractos que pondré á continuacion.

I.

ERRORES ACERCA DE DIOS.

Incurrén en error, según el Sr. DONOSO CORTÉS

«Los que van á buscar la última (1) explicacion de los sucesos, ya en las causas segundas, que existen todas bajo la dependencia general é inmediata de Dios, ya en la fortuna, que no existe de ninguna manera. Solo Dios es criador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste, y el autor de todo lo que sucede, según se ve por estas palabras del Eclesiástico, cap. 11, v. 14: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas à Deo sunt*. Por eso dice San Basilio que en atribuirse todo á Dios está la suma de toda la filosofia cristiana. (pág. 71)

Si yo dijese que el Sr. DONOSO CORTÉS se muestra en este pasage rigurosamente fatalista, que desconoce, que niega absolutamente la inmensa parte que tiene la libertad del hombre en los sucesos humanos, que elimina del tegido de la historia la accion real y poderosa, aunque siempre subordinada de las causas segundas, y que hace á Dios autor del pecado, creeria yo calumniarle, calumniar su fé, su pensamiento y aun todo su libro; porque en otros lugares encuentro, y tengo el mayor gusto en decirlo, pasages que contradicen á este. Pero no lo calumniaré, limitándome á afirmar que las líneas arriba citadas EXPRESAN el fatalismo neto, y

(1) En la traduccion francesa del ENSAYO, que ha servido de texto al Sr. GADUEL, falta la palabra *última*: calificativo importante, que modifica en gran manera, cuando no destruya enteramente la idea equivocada, que sirve aqui de supuesto á la censura del critico.

(Nota del editor.)

que al hacer á Dios *autor de todo lo que sucede*, lo hacen, por consecuencia inevitable, autor del pecado: no lo calumniaré, si añadido que hay en todos sus escritos otros cien pasages, y ya tendré ocasion de ir citando algunos, donde resalta el mismo color de fatalismo: y no creo hacer al público una ofensa, al creer que las tres cuartas partes de lectores no tienen la atención ni la ciencia suficiente para leer, sin exponerse á incurrir en inevitables errores, un libro escrito en este estilo y con una imprudencia tan maravillosa.

En ningún tiempo, y mucho menos en los presentes, tiene derecho un autor para confiar en que la mayoría de sus lectores rebusquen, estudien y minuciosamente cotejen todos sus textos para libertarse de las impresiones peligrosas que una vez les haya causado. Por eso yo no extraño que se haya dirigido al Sr. Donoso el grave cargo de profesar el fatalismo, pues aunque yo no crea que lo merece tanto como se ha dicho, creo sin embargo que su frase es muchas veces tan fatalista y aun mas de cuanto se ha supuesto. Ahora bien, es indudable que un grande error, acariciado por un gran escritor de esta manera, penetra siempre los ánimos mas hondamente de lo que se cree. No, no es cierto que anden errados los que *buscan la explicacion*, al menos parcial, *de los sucesos en las causas segundas*; pues entonces habria que tener por errado al Libro de la *Sabiduría*, (c. 2, v. 4), cuando dice: *Invidia diaboli mors intravit in mundum*, y á San Pablo, cuando escribia (Rom. c. 5, v. 19): *Per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi*. Si las causas libres no entrasen para nada en *la explicacion de los sucesos*; ¿para qué servirian entonces la acción y la libertad de estas causas?

Es absolutamente falso, sobre todo, que Dios sea el *autor de todo lo que sucede*, pues Dios no hace aquello que no quiere, y ni quiere ni puede querer el pecado: *Non Deus volens iniquitatem tu es* (Psalm. c. 5, v. 5). Hacer á Dios *autor de todo lo que sucede*, puede caber en la sombría teología de Lutero y de Calvino; pero no en la teología católica. Lutero ha escrito: «Dios mismo es quien obra en los impíos las obras malas» (*Luth. in assert. art. 36*) y Calvino esto otro: «Todo lo que Satanás hizo contra Job, todo lo que los caldeos hicieron contra los judíos, todo lo que Semei hizo contra David: y todo lo que hicieron los judíos contra Jesucristo, todo esto fué obra de Dios, y sucedió por ordenamiento y mandato de Dios» (*Calv. l. 1, Instit. c. 18*). De otro modo muy distinto se expresa el Concilio de Trento cuando declara (Sess. vi, c. 6): «Si alguno digere que Dios obra las obras malas lo mismo que las buenas, sea excomulgado»—Dios no es, por consiguiente, *el autor de todo lo que sucede*.

Si el Sr. Donoso Cortés me digiera que esta no habia sido su intención, se lo concedería y lo creería desde luego; pero sus palabras dicen

lo que dicen, y en ellas fundo yo mi cargo. Por eso he asegurado ya que su falta consiste en meterse á hablar el lenguaje teológico sin haberlo estudiado y sin conocerlo; lo cual basta para sembrar el error.

En cuanto á las palabras del Eclesiástico y de San Basilio tan inoportunamente citadas por el autor del ENSAYO, inútil es advertir, que la expresión *mala* del libro sagrado no se aplica sino al mal físico, segun se desprende del mismo texto; y que el Obispo de Cesárea, al *atribuirlo todo á Dios*, no le considera, por lo que toca al mal moral, sino como causa puramente permisiva; y no puede decirse á Dios autor de aquello que no hace sino permitir, absteniéndose de interponer su poder absoluto para impedirlo.

El Sr. Donoso Cortés dice en otro pasaje:

«Y como quiera que todo lo que sucede necesariamente, sucede por la voluntad de Dios, al mismo tiempo que todo lo que sucede por su voluntad, sucede necesariamente; siguese de aquí que Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario, que siendo cosas diferentes para el hombre, son en él una cosa misma (pág. 194).»

De seguro, hay que prestar una grande atención, y leer con sumo cuidado todo este pasaje para no hallar en sus palabras el fatalismo mas exorbitante, el fatalismo en Dios mismo; porque si todo lo que sucede por la voluntad de Dios, sucede necesariamente; si Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario; si lo voluntario y lo necesario, cosas diferentes para el hombre, no son en Dios sino una misma cosa; no procedé deducir de aquí que *todo lo que Dios quiere, lo quiere necesariamente?*

No decimos que tal haya sido la intención del Sr. Donoso: al poner á sus lectores en riesgo de concebir tan enorme error, seguramente no ha pretendido decir otra cosa sino que todo lo que sucede por la voluntad de Dios, sucede necesariamente *á consecuencia de esta voluntad*. Pero entonces el Sr. Donoso no consigue huir de un error sino para caer en otro; porque no es cierto el que *todo lo que Dios quiere, sucede necesariamente á consecuencia de su voluntad*: esto no puede decirse mas que de los efectos inmediatos de la voluntad divina, ó de los producidos por la intervencion de las causas físicas; pues en cuanto á los actos de los seres libres, como jamás Dios coarta su libertad, resulta que aun aquello que mas absolutamente quiere obrar por medio de estos agentes, sucede sin duda *infalible*, pero no *necesariamente*: distincion importantísima, si se ha de conciliar el libre albedrío con la presciencia divina, con la Providencia, con la predestinacion, y las gracias eficaces del orden mas alto. Leclerc de Beauberon, explicando á Santo Tomás, dice (*De homine lapsu et reparato*, Sect. II, l. 3, art. 1). «La gracia eficaz determina infaliblemente á

la voluntad; y sin embargo, á causa de la naturaleza de la voluntad, que está en posesion de la indiferencia *activa* para escoger entre cosas opuestas, entre obrar y no obrar, entre obrar bien ó mal, la gracia eficaz no lleva consigo la necesidad, sino que deja intacta la libertad.»—En el mismo sentido, y por causa del mismo respeto á la libertad humana, dice el gran doctor de la gracia, San Agustín (*De corrup. et grát.*, c. 14, 11, 13). «Dios puede, cuando quiere, hacer todo lo que quiere de las voluntades humanas, como quien tiene plena y entera potestad de mover á su albedrío los corazones de los hombres.»—Cuando los herejes han pretendido abusar de este texto, nunca la Iglesia le ha dado otro sentido sino el que nosotros acabamos de indicar (Véase el Concilio de Trento, Ses. vi). Repito, pues, con este motivo, que no es posible escribir con exactitud de teología sin conocer su lenguaje.

En otro lugar, hablando del pecado original, dice el Sr. Donoso:

«Por lo relativo á la pena, la cuestion está resuelta por sí misma desde el momento en que se da por cosa averiguada que se me trasmite la culpa, como quiera que la una no puede concebirse sin la otra. Justo es que sea penado, si es cierto que soy culpable; y como en estas materias ES NECESARIO LO QUE ES JUSTO, síguese de aquí que la desgracia que padezco, sin dejar de ser desgracia, es necesariamente una pena (pág. 193, 194).»

Con que es decir que por el hecho solo de ser *justa*, es *necesaria* la pena del pecado original; con que es decir que de tal manera es una *necesidad*, de parte de Dios, el ejercicio de la justicia, que nunca puede hacer gracia cuando puede castigar con justicia.

Por lo demás, este error parece estar muy profundamente arraigado en el ánimo del Sr. Donoso; porque hace dos años publicaba en el *Univers* una carta, que este periódico insertó por cierto sin comentario alguno, de la que claramente se desprende que siempre que Dios castiga, lo hace porque no puede ejercer su misericordia.

«Si siempre y en todo caso (se lee allí) puede ser Dios misericordioso, entonces su justicia no es justicia, que es venganza. Meditadlo bien: con lo que yo llamo el fatalismo de la misericordia (ya está visto lo que al Sr. Donoso le acomoda llamar el fatalismo de la misericordia) no podeis explicar el infierno. Os desafío sino á que me deis una explicacion medianamente satisfactoria... Si no hay algun caso en que sea imposible á Dios salvar á un hombre ¿cómo es que no se han salvado todos los hombres?»

Pero el mismo Sr. Donoso entrevé lo que hay de enorme en semejante doctrina, porque, alarmado sin duda de su propia opinion, añade á renglon seguido:

«Por lo demás, cuando yo digo que Dios no puede hacer tal ó cual cosa, es solo una manera que adopto de expresar que no la ha hecho, que no la hace, y que

no la hará. Conozco que al expresarme así, no puedo vencer completamente las dificultades que me opone vuestra lengua francesa, que para mí es extraña; sí bien creo que os digo lo bastante para que percibais bien mi idea.» (*Univers del 20 de Abril de 1850.*)

Lo que yo percibo aquí muy bien, es que el Sr. Donoso posee perfectamente la lengua francesa; y que de ningun modo conoce la lengua teológica; que aquí ó profesa ó expresa una doctrina enteramente falsa, y que el insignificante correctivo de que echa mano, no le autorizaba de manera alguna á dejar correr en las líneas anteriores un error, del que él mismo tenia sospecha: es decir, el fatalismo divino en orden á la justicia vindicativa.

No es así como en esta materia opinan los Padres y los teólogos católicos, al enseñar, como enseñan, que si Dios hubiese querido, habria podido condonar gratuitamente el pecado original: «Aun sin la venida del Salvador (dice San Atanasio, Orat. 2, alias 3. *contra Arianos*, n.º 68) pudo Dios decir una palabra, y borrar así la maldicion»—Otro sabio teólogo, Legrand (*De Incarnatione*, dissert. V. c. 1.) siguiendo á otros muchos, dice tambien.—«No repugna en ninguna manera que Dios hubiese podido perdonar al hombre y restituirle á su gracia, condonando pura y gratuitamente el pecado. ¿Ni quien osaria negar á Dios, que creó al hombre por un acto solo de su voluntad, el poder de mudar, absolutamente y tambien por un acto solo de su voluntad, al hombre pecador; y deramando en él su gracia santificante, justificarle inmediatamente?»

Continuemos citando al Sr. Donoso Cortés. El cuadro comienza aquí á ensancharse; pues ya no se trata solo de la justicia ó de la Providencia de Dios, sino de la misma esencia divina en general; de la naturaleza del Dios verdadero, comparada con los dioses paganos. Hé aquí como se expresa el respetable escritor.

«Dios era *unidad* en la India, *dualismo* en la Persia, *variedad* en Grecia, *muchedumbre* en Roma. El Dios vivo es *uno* en su sustancia, como el indico: *múltiple* en su persona, á la manera del Pérsico; á la manera de los dioses griegos, es *vario* en sus atributos; y por la multitud de los espíritus (dioses) que le sirven, es *muchedumbre*, á la manera de los dioses romanos. Es causa universal, sustancia infinita,» (1) (Pág. 28)

En verdad que no se sabe qué pensar de tan raros y extraños parangones, ni si es posible acumular mayor número de errores en menos palabras. Y no se diga que tan groseros errores de ningun modo están en la mente del autor, pues en todo caso seria bien flaca la disculpa, dado que

(1) *Infinita*, dice el texto original; pero el traductor francés puso *indefinida*, cometiendo así un involuntario error, que tambien destruye en esta parte el supuesto equivocado del crítico.  
(Nota del editor.)

evidentemente se hallan en su manera de expresarse. Vivimos en un siglo de tal frivolidad, que no parece sino que impunemente se le puede dar todo lo que se quiera: pero yo, por mi parte, no creeré nunca indiferente, ni aun en este siglo, el expresarse de una manera tan inexacta, cuando se habla de Dios, y se escribe para el público.

No, el Dios vivo no es *uno en su sustancia, como el indico*; porque nada hay que se parezca menos á la unidad del verdadero Dios, que la unidad panteística. No, el Dios vivo no es *vario en sus atributos, á la manera de los dioses griegos*; pues en los dioses griegos habia una diversidad real y verdadera, mientras que los atributos del verdadero Dios no son diversos, sino con una diversidad virtual, relativa á sus efectos y á nuestra manera de concebirlos, pero no con una diversidad sustancial, siendo como es un principio en teología que los atributos divinos son todos idénticos á la esencia, é idénticos entre sí.— Cuando al hablar de Dios, dice San Fulgencio, (*Resp. ad Ferrand. interrog., 2.*) nombramos la divinidad, la grandeza, la bondad, el poder, no debemos seguramente entender por estos nombres divinos cosas diversas, sino una misma y sola cosa, á saber, la esencia y la naturaleza divina.

No, el Dios vivo no es *muchedumbre, á la manera de los dioses romanos, por la multitud de espiritus (dioses) que le sirven*: pues, por ventura; ¿los ángeles santos que sirven al verdadero Dios tienen algo de comun con la muchedumbre de los dioses romanos; ni hay cosa alguna que pueda autorizar á un católico para llamar *muchedumbre* al Dios verdadero? No, el Dios vivo no es una sustancia únicamente *indefinida*, sino que es una sustancia *infinita*. ¿Cree por ventura el Sr. Donoso que lo infinito y lo indefinido son una misma cosa? Semejantes extravagancias de expresion no pueden servir mas que para confundir el language, cuando no lleguen hasta á confundir las ideas.

## II.

### ERRORES ACERCA DE LA TRINIDAD.

En las mismas extravagancias de expresion incurre de un modo no menos peligroso el Sr. Donoso Cortés cuando habla del altísimo misterio de la Santísima Trinidad.

«La unidad (divina) dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente. Dios es tésis, es antítesis y es síntesis: y es tésis soberana, antítesis perfecta, síntesis infinita. Porque es uno, es Dios; porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo, es variedad; porque es variedad, es familia.» (Pág. 32.)

El Dios inmutable, *condensándose* despues de haberse *dilatado!*—El Padre *tésis*, el Hijo *antítesis*, el Espíritu-Santo *síntesis!*—¿Qué lenguaje!

«Considerado Dios como Padre, saca de sí eternamente al Hijo por via de gene-

racion, al Espíritu Santo por via de procedencia, y constituyen de esta manera eternamente la diversidad divina. El Hijo y el Espíritu Santo se identifican eternamente con el Padre, y constituyen eternamente con él su unidad indestructible.» (Página 145.)

Eso de la *diversidad divina* es, en teología, un estilo impropio: se puede decir la *diversidad de las personas divinas*, pero no la *diversidad divina*. ¿Y qué quiere decir *El Hijo y el Espíritu Santo identificándose eternamente con el Padre?* Bajo el punto de vista de la *esencia*, no puede decirse que el Hijo y el Espíritu Santo se identifiquen con el Padre, pues que tienen con él la misma esencia, siendo por consiguiente *uno* con él, no *identificándose*; pues de otro modo, tanto valdría decir que la esencia divina se identifica con la esencia divina: bajo el punto de vista de la *personalidad*, de ninguna manera pueden identificarse, sin que desaparezca la distincion de las personas.

Pero voy á hacer otra cita mas grave; como que es un enorme error no sospechado siquiera por el Sr. Donoso, pues que lo reproduce en dos ocasiones, y con mas insistencia todavia en la segunda que en la primera.

«El hombre fué hecho por Dios, á imágen de Dios, y no solamente á su imágen, sino tambien á su semejanza: por eso el hombre es uno en la esencia, y trino en las personas. Eva procede de Adán, Abel es engendrado por Adán y por Eva, y Abel y Eva y Adán son una misma cosa: son el hombre, son la naturaleza humana. Adán es el hombre padre, Eva es el hombre muger, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adán, pero no es padre: es hombre como Abel, pero no es hijo. Adán es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser muger. Abel es hombre como Eva, sin ser muger; y como Adán, sin ser padre.» (Páginas 32, 33.)

El fondo de las ideas es aquí demasiado grave para detenerse en lo raro del estilo, y en la dolorosa extravagancia de semejantes expresiones. Continuemos citando:

«La variedad está en el cielo; porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad; porque el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y Dios es uno. La variedad está en el Paraíso; porque Adán y Eva son dos personas diferentes; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque Adán y Eva son la naturaleza humana, y la naturaleza humana es una.» (Pág. 52.)

Esta comparacion, empleada con tan marcada complacencia por el Sr. Donoso, es falsa de todo punto y hasta el mas alto grado: al querer explicar la Trinidad de las personas, el autor no advierte que destruye la unidad de la esencia. Esta comparacion es pura y simplemente el triteísmo.—«Los triteístas, dice Witasse, (*De Trinit. quæst. II, art. II, sect. I.*) queriendo definir la naturaleza divina como la naturaleza humana, decian